

LA DÉCADA COVID
EN MÉXICO

Los desafíos
de la pandemia
desde las ciencias sociales
y las humanidades

Los **imaginarios**
de la **pandemia**



Julia Isabel Flores Dávila
Guadalupe Valencia García
(Coordinadoras)



Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Valencia García, Guadalupe, editor. | Flores Dávila, Julia Isabel, editor.

Título: Los imaginarios de la pandemia / Guadalupe Valencia García, Julia Isabel Flores Dávila (coordinadoras).

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2023. | Serie: La década COVID en México: los desafíos de la pandemia desde las ciencias sociales y las humanidades ; tomo 6.

Identificadores: LIBRUNAM 2203355 (impreso) | LIBRUNAM 2203338 (libro electrónico) | ISBN 9786073074643 (impreso) | ISBN 9786073074582 (libro electrónico).

Temas: Pandemia de COVID-19, 2020- -- Aspectos sociales -- México. | Salud pública -- Aspectos sociales -- México. | Memoria colectiva -- Aspectos sanitarios -- México. | Identidad colectiva -- Aspectos sanitarios -- México.

Clasificación: LCC RA644.C67.I53 2023 | LCC RA644.C67 (libro electrónico) | DDC 362.1962414—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos expertos y cuenta con el aval del Comité Editorial de la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México para su publicación.

Imagen de forros: francescoch

Apoyo gráfico: Christian Martin Sánchez Uribe y Percy Valeria Cinta Dávila

Gestión editorial: Aracely Loza Pineda y Ana Lizbet Sánchez Vela

Primera edición: 2023

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Coordinación de Humanidades

Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

www.humanidades.unam.mx/

ELECTRÓNICOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7458-2 Título: Los imaginarios de la pandemia

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6883-3 Título: La década COVID en México

IMPRESOS:

ISBN (Volumen): 978-607-30-7464-3 Título: Los imaginarios de la pandemia

ISBN (Obra completa): 978-607-30-6843-7 Título: La década COVID en México

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Se autoriza la copia, distribución y comunicación pública de la obra, reconociendo la autoría, sin fines comerciales y sin autorización para alterar o transformar. Bajo licencia creative commons Atribución 4.0 Internacional.

Hecho en México

Contenido

| | |
|--|-----|
| Presentación | 11 |
| <i>Enrique Graue Wiechers</i> | |
| Prólogo | 13 |
| <i>Guadalupe Valencia García</i> <i>Leonardo Lomelí Vanegas</i> <i>Néstor Martínez Cristo</i> | |
| Introducción: Imaginarios de la pandemia | 21 |
| <i>Julia Isabel Flores Dávila</i> <i>Guadalupe Valencia García</i> | |
| VIVIR LA PANDEMIA | |
| 1 Imaginarios sociales y representaciones de la pandemia en la sociedad mexicana | 31 |
| <i>Julia Isabel Flores Dávila</i> <i>Luis Ángel Ubaldo</i> <i>Patsy Alejandra Hernández</i> <i>Luis Felipe González</i> | |
| 2 ¡Nunca imaginé! Las personas, las familias y la(s) pandemia(s) | 75 |
| <i>Carlos Welti Chanes</i> | |
| 3 Afectividades | 131 |
| <i>Gilda Waldman M.</i> | |
| 4 Sin brújula en la tempestad. El COVID en tres tiempos y territorios | 163 |
| <i>Hugo José Suárez</i> | |

PANDEMIA Y SOCIEDAD

- 5 Hacia una explicación de las agresiones al personal de salud durante la pandemia de COVID-19 en México. Estigma y semiótica del miedo 185
Roberto Castro
Hugo Córdoba
- 6 La resistencia a las vacunas contra la COVID-19: entre el anticristo y el druida 217
Guillem Compte Nunes
- 7 Información en medios digitales durante la pandemia por COVID-19. Desafíos para México 249
Georgina Araceli Torres Vargas
- 8 La resignificación de la fiesta religiosa durante la pandemia COVID-19 en los pueblos originarios de la Ciudad de México 279
María Ana Portal
- 9 Iknal-historias del COVID entre los pueblos mayas de la Península de Yucatán 305
Gilberto Avilez Tax

PENSAR LA PANDEMIA

¿DESDE DÓNDE PENSAMOS LA PANDEMIA?

- 10 Jóvenes, pandemia y futuro 341
Héctor Castillo Berthier
- 11 Dosis de recuerdo 375
Juan Meliá

VIVIR LA PANDEMIA

Gilda Waldman M.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

El 2020 comenzó como un año relativamente normal. A mediados de enero las noticias cotidianas se referían al récord de tweets enviados por el presidente Donald Trump en un solo día mientras los demócratas presentaban en el Senado los argumentos para destituirlo.¹ Apple batía sus cifras de facturación después de cerrar el último trimestre del 2019 como el mejor de su historia. El gobierno británico decidía permitir a la compañía china Huawei participar en el desarrollo de las redes 5G.² Irán bombardeaba con misiles bases norteamericanas en Irak.³ En América Latina, Argentina anunciaba que en 2019 la inflación había llegado al 53,8%,⁴ y, en México, al tiempo que el gobierno se proponía dar una vuelta de tuerca al sistema de justicia del país,⁵ agentes de la Guardia Nacional se enfrentaban con grupos de migrantes centroamericanos.⁶ Sin embargo, desde finales de 2019 algunos signos ominosos nublaban el

1 *Los Angeles Times*, 23 enero 2020.

2 *El País*, 28 de enero 2020

3 *El País*, 7 de enero 2020.

4 *El País*, 15 de enero 2020.

5 *El País*, 15 de enero 2020.

6 *El País*, 23 de enero 2020

horizonte. Un virus, inédito hasta entonces y de muy rápida expansión, había sido detectado en China, impactando al mundo que suponía que, gracias a los avances científicos, sería ya invulnerable a este tipo de infecciones.

El 23 de enero de 2020, con quinientos setenta y cinco contagiados y diecisiete fallecidos, se cerraba en China la ciudad de Wuhan. Ese día marcaría un hito más en la fase de cambio epocal en la que vivimos, en la cual, como afirma el ensayista Amin Maalouf, *“la humanidad se metamorfosea ante nuestros ojos”* (Maalouf, 2019: 14), y de la cual el filósofo Yuval Harari afirmara: *“Los relatos antiguos se han desmoronado y todavía no ha surgido un relato nuevo que los sustituya.* (Harari, 2018: 11). Ello, en el marco del colapso del paradigma civilizatorio que construyó la arquitectura filosófica y política de Occidente y del surgimiento de otro proyecto civilizatorio distinto, esculpido con el rostro de la revolución tecnológica/digital, el crecimiento exponencial de las redes sociales, la inteligencia artificial, la ingeniería genética, la nanotecnología y el internet de las cosas, y cuya incidencia en la vida y el debate público están modelando una realidad económica, social, política y cultural que, al parecer, todavía no se deja nombrar de manera clara.

En nuestro mundo globalizado, el nuevo virus -denominado SARS-CoV-2- atravesó rápidamente fronteras, se esparció por la amplia geografía del planeta en una vertiginosa cadena de contagios y muertes, se convirtió en el mayor reto para la humanidad desde la Segunda Guerra Mundial, y puso en jaque a los sistemas sanitarios a nivel mundial.

El 11 de marzo de 2020, cuando la Organización Mundial de la Salud señaló que el mundo enfrentaba una pandemia universal, y paulatinamente los gobiernos decretaban cuarentenas, confinamiento, distancia social y el uso de mascarillas, no solo se disparaban las alarmas sanitarias, sino que la “normalidad” que conocíamos quedaba devastada. Ciudades silenciosas y vacías, locales desiertos, escuelas, universidades y oficinas cerradas; actividades sociales canceladas, rutinas suspendidas, aislamiento social que debilitaba los lazos de contacto humano, virtualidad y apelaciones a la vigilancia social fueron configurando, en tiempo real, escenarios distópicos -anticipados ya por escritores como Phillip K. Dick (1987) o J. G. Ballard (1960, 1976) y de

los cuales también da cuenta una serie como “Black Mirror”-. En este sentido, las distopías -es decir, aquellas ficciones futuristas que a través de la libertad imaginativa han fabulado, representado y anticipado una sociedad inexistente proyectada en un futuro incierto que parece aterrador, pero que no resultan tan ajenas a nuestro presente- se han convertido en la cartografía más acertada de un “hoy” que marca un punto de inflexión en relación al pasado, pero también en referencia a un futuro inquietante cuyas coordenadas nos resultan, todavía, desconcertantes.

La pandemia trastocó las formas de vida en forma cataclísmica. El necesario aislamiento convirtió a la digitalización en un imperativo -en especial en los ámbitos laboral y educativo-, haciendo indistinguible la separación entre los espacios públicos y los privados, alentando al mismo tiempo el repliegue en el ámbito de estos últimos. Alteró la sociabilidad cotidiana y las relaciones interpersonales, incrementó la violencia doméstica, restringió los viajes, modificó los universos simbólicos y los marcos normativos, cognitivos y organizativos que estructuraban la vida personal y social; desbordó a los sistemas de salud, afectó a adultos y jóvenes, hombres y mujeres, de todos los estratos sociales, tanto en los países ricos como en los menos desarrollados, aunque ciertamente de manera diferencial, afectando con mayor fuerza a las poblaciones más vulnerables y agudizando las desigualdades económicas y sociales previas a pandemia.

A nivel mundial, el costo económico de la pandemia ha sido enorme. El crecimiento mundial se desaceleró en un 4,1% en 2022, tanto por efecto de la pandemia como por la disminución del apoyo fiscal y las persistentes dificultades en las cadenas de suministro (World Bank Group, 2022). En América Latina, la caída del Producto Interno Bruto fue de 8,1%. (Sánchez Díez y García de la Cruz, 2021). En México, aunque las calles nunca quedaron totalmente vacías y la actividad económica tampoco se detuvo totalmente, según datos del INEGI la economía se hundió un 8,5% en 2020 (Cullell, 2021). Más de 3.8 millones de mexicanos se sumaron en el primer año de pandemia a la pobreza y pobreza extrema (CONEVAL, 2021). Según datos de la Organización Mundial de la Salud, la cifra de muertes en México fue en 626 mil personas, incluyendo aquellas que perdieron la vida directamente por la enfermedad, por otros pro-

blemas médicos o por interrupciones de la atención médica derivados de la pandemia. (Castañeda, 2022). Y según datos del INEGI, más de 5.2 millones de estudiantes no se inscribieron al ciclo escolar 2020-2021 por motivos asociados al COVID-19 (Salinas Maldonado, 2021).

Pero también, en tanto los seres humanos somos seres emocionales y afectivos, la pandemia tuvo también un impacto en los afectos, sentimientos y emociones, en tanto “*experiencias ‘sentidas’ por medio de circunstancias sociales*” (Ariza, 2007: 77).

En este sentido, cabría preguntarse: ¿Cómo se jugó la pandemia en la afectividad de las personas, es decir, en aquella dimensión “*pre-subjetiva, visceral, corpórea, como fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios, pero separados de ellos (como algo) diferente de la cognición?*” (Arfuch, 2016: 248). ¿Cómo se vivió la pandemia desde la experiencia subjetiva, es decir, desde una complejidad “*que abarca valores y creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones?*” (Lechner, 2002:43). ¿Qué sucedió con el mundo de lo íntimo durante la pandemia al desarticularse la vida en comunidad para encerrarla en el ámbito de lo privado? ¿Cómo se cruzaron las dimensiones sociales de la pandemia con la biografía personal? ¿Cuál fue el mosaico de experiencias vitales -en tanto experiencias singulares e irrepetibles- “*del actor sintiente, el cuerpo y la afectividad*” (Ariza, 2016:9) cuando los referentes que modelaban la vida social se vieron corroídos y fracturados? ¿De qué modo los actores sociales se experimentaron a sí mismos y al momento y contextos situacionales que les tocó vivir?

Para intentar responder al menos algunas de estas interrogantes, hemos realizado diez entrevistas abiertas y en profundidad a personas de diferentes edades, géneros, estratos sociales y actividades profesionales y laborales. Cuando fue necesario, realizamos preguntas de seguimiento para profundizar en algún tema u obtener mayor información. Hemos contado asimismo con un diario de pandemia, del cual hemos seleccionado algunos fragmentos como una forma de registro de las vivencias del día a día en distintos momentos de la pandemia. Hemos cedido la palabra a los(as) entrevistados(as) y a quien escribió el diario.

Sus palabras hablan de experiencias individuales y subjetivas, pero también de experiencias colectivas, como asimismo de memorias personales y sociales. Las suyas son palabras propias y también reflejos de las nuestras.

Ciertamente, la pandemia fue un período vivido como una montaña rusa de desconciertos, miedos e interrogantes, Un nuevo coronavirus -invisible, amenazante y de comportamiento “extraño”- infectaba y se replicaba sin control en el tejido funcional del pulmón, dispuesto a secuestrar a los organismos disponibles hasta causar efectos letales. Las primeras reacciones fueron de estupor, pánico y perplejidad frente a un fenómeno sanitario que aparecía de manera inesperada, a pesar de que el avanzado desarrollo científico y tecnológico que la humanidad había alcanzado permitía suponer que se podrían conocer y pronosticar acontecimientos de este calibre anticipadamente. La sorpresiva y brutal llegada del virus nos arrinconó en una realidad desconocida que nos golpeaba con sus nuevas y desconcertantes coordenadas.

Daniel H. es un joven de treinta y un años, entrenador deportivo. Vivió el COVID solo en su departamento, aunque muy cerca de la casa de sus padres, en Ciudad de México. Él relata:

“Los primeros días fueron los más raros y difíciles. Sentía una mezcla de shock y no saber qué hacer. No se sabía qué tan mortal era. Me sentí paranoico, sin saber qué hacer. No se sabía cuánto duraría. ¿Dos o tres semanas? Yo entrenaba niños y jóvenes en escuelas. Todo se detuvo por completo. Me quedé sin trabajo. ¿Cómo planear el futuro? ¿Cómo se regresaría a la normalidad? ¿Cómo mantener cierta salud mental?”

Gabriel M., cuarenta y seis años, sicoterapeuta, también vivió la pandemia solo en su departamento. Él narra al respecto:

“Me enteré del confinamiento que vendría en un concierto, el último, antes de que nos encerraran a todos. Me desconcertó. No sabía qué pasaría. Cuando comenzaron los cierres de las actividades económicas, oficinas, escuelas y comercios empecé a desarrollar paranoia. Pensaba que ya me había infectado

por haber estado en el concierto con gente que no conocía. Todos mis pacientes eran presenciales. Las medidas para atenderlos tuvieron que cambiar. Era difícil adaptarse a un sistema que no estaba pensado así. Me sentía descolocado. Empecé a trabajar en línea. Emocionalmente me empezó a causar confusión, ansiedad. Yo había dejado mi terapia individual. Me sentía solo.”

Camila R., estudiante de dieciséis años que vivió parte del COVID con su familia en su casa de Tlalpujahuá, Michoacán, cuenta:

“No esperaba vivirlo. Jamás imaginaría que vendría una pandemia. Fue una experiencia nueva, pero dolorosa.”

Claudio V., treinta y un años, casado y con dos hijos pequeños, maestro de secundaria y preparatoria en una escuela particular, recuerda:

“Cuando empezó la pandemia en China, la veíamos como algo lejano, aunque estábamos informados y la tomamos en cuenta. Nos llevó a tener un poco de temor. Empezamos a pensar en ello, pero no era algo muy presente. Cuando empezaron los casos en Nueva York nos preocupamos un poco más y cuando avisaron que aquí comenzaría el confinamiento la preocupación aumentó. El confinamiento fue muy complicado.”

Rosario H., de sesenta y dos años, ama de casa, separada, quien vivió la pandemia en la casa familiar con sus hermanas, relata:

“Cuando empezó el confinamiento en China y escuché “pandemia” pensé que nos iba a dar y que habría que cambiar mucho de nuestra vida de acuerdo a instrucciones de gente experta, de médicos que dieran opiniones serias (más que las oficiales). En ese sentido no fue fácil ir modificando modos de vida, costumbres. Sentí miedo a lo desconocido, miedo a que no hubiera medicinas. Era un miedo nuevo. Veía imágenes de Wuhan, Italia, España, Francia y Estados Unidos, y eran para mí el comienzo del fin del mundo. Pensé que sería

una catástrofe mundial, la antesala de un mañana donde el orbe colapsaría de sopetón, poniendo en evidencia lo vulnerables que somos como humanidad.”

Fragmentos de un diario de pandemia:

10 de febrero 2020. “Escuché hoy en un noticiero matutino una entrevista con un mexicano residente en la ciudad china de Wuhan, en la que contaba que la ciudad estaba sellada, en confinamiento total para controlar la propagación de un nuevo virus que produce una infección respiratoria grave y letal. Millones de personas están encerradas en sus casas, sin poder salir de la ciudad y ni siquiera a las calles. Solo un miembro de cada familia podía salir cada dos días a comprar alimentos y artículos básicos. Al escuchar todo esto, pensé que no nos pasaría a nosotros, que ese extraño virus no llegaría a mi ciudad, a mi casa, que era algo que solo sucedía lejos-”

22 de febrero 2020. “Los rumores sobre este nuevo coronavirus y su rápida propagación continúan de manera alarmante. Internet y las redes sociales desbordan información, pero las noticias son poco claras. Me siento confundida. ¿Cuánto de esta información es veraz? Al parecer, no existe un tratamiento específico ni disponemos de ninguna vacuna experimental, Quizá tengamos que esperar un año, en el mejor de los casos.”

27 febrero: “Se detecta el primer caso de COVID en México, y empiezo a entrar en “modo paranoico”. ¿Cómo es? ¿Cómo se esparce el virus? ¿Cómo afecta a la gente? ¿Cómo me defiendo? ¿Habrán vacunas? La amenaza del coronavirus me deja sola frente a mí misma.”

20 marzo: “Comienzo a prepararme para el confinamiento. Salgo a comprar víveres, productos de limpieza, agua. La gente en el supermercado compra compulsivamente. Las filas son interminables. Todos navegamos en la oscuridad.

Pero frente al pasmo inicial hubo asimismo otras reacciones. En comunidades rurales, más allá de los efectos económicos, la pandemia se vivió de formas diferentes, quizá porque en el imaginario rural el virus estaba asociado al mundo urbano -fuera de su vigilancia- y a una situación de posible control gubernamental, ampliamente rechazada.”

Alfonso R., de setenta y tres años, casado y con una hija, trabajador por cuenta propia, vive en una ranchería de cuatro mil habitantes, en Timilpan, una zona rural perteneciente a Xilotepec, Estado de México. Su experiencia fue diferente. Él relata lo siguiente:

“Al principio no creíamos que la enfermedad existiera. No se creía que fuera cierto. Se dudaba que existiera el COVID. Yo pensé que era un virus desarrollado en China, que fue creado para eliminar economías débiles y controlar a la población, y que con el tiempo se sabría la verdad. Era poco creíble que fuera necesario confinarse. Que todo era cosa del gobierno. Pensé que si había confinamiento, sería solo en las ciudades, que mi comunidad no sería zona de infección. La mayoría de la gente que vive allí no va ni a Xilotepec, salvo los fines de semana. De todos modos, Timilpan se cerró y no se dejaba entrar a quien no fuera de la comunidad, en especial a gente del gobierno que decían que iban a fumigar. Pasaron meses antes de que alguien tuviera COVID, y fueron muy pocos casos, de la misma familia. Yo no tenía miedo ni angustia. Jamás pensé que me contagiaría.”

También, frente al desconcierto inicial, hubo algunas reacciones de planificación para hacer frente al mismo. Rosario H. narra:

“En casa, con mis hermanas, nos hicimos de medicinas, analgésicos, un tanque de oxígeno, sabiendo que no existía todavía alguna medicina concreta, tampoco vacunas. También preparamos un cuarto en la casa por si alguien tenía que aislarse. A medida que supimos que la pandemia se diseminaba, crecía la preocupación. También extremamos las medidas de higiene (mas-

carilla, caretas, lavado de manos, bañarse después de salir). Eso nos mantuvo muy ocupadas.”

Daniel H. señala:

“Al principio fue todo caótico, pero pensé que necesitaba tener un plan B para todo: qué hacer si a mis padres les daba COVID, dónde conseguir oxígeno, a qué hospital llevarlos, qué doctores consultar”.

La aparición de la pandemia y el desconocimiento, al menos en sus etapas iniciales, de su real magnitud y de la eventualidad de encontrar pronto una vacuna, dificultaron la posibilidad de imaginar y pensar el futuro con algún grado de certeza. La realidad dejaba de ser inteligible y desbordaba, sin control, todo ordenamiento social.

La subjetividad se ancló, así, en una lógica de incertidumbre no solo sobre el futuro, sino también sobre el presente inmediato. Sin duda, la incertidumbre (como también los sentimientos de inseguridad y desprotección) estaban presentes socialmente de manera previa a la pandemia, en un entorno en el que la globalización, la flexibilización de los hilos homogeneizadores de la sociedad, la desterritorialización física y cultural, la revolución tecnológica, las transformaciones en las dimensiones de tiempo y espacio y la redefinición del papel del Estado, entre otros factores, no solo desestabilizaban los códigos políticos y culturales heredados de la “modernidad sólida”, sino que daban paso a una “modernidad líquida” (Bauman, 2002) caracterizada por la galvanización de las instituciones sociales y políticas, la desprotección laboral, la fragilidad de los vínculos humanos y la provisionalidad de los mapas cognitivos que, si antes ofrecían seguridad y pertenencia, ahora solo era parte de un mundo de referentes móviles y provisionarios. Pero si bien la incertidumbre es uno de los “constituyentes básicos” de la subjetividad de nuestros tiempos, en un escenario donde el cambio continuo y acelerado era ya una constante, la pandemia la gatilló hasta límites incontenibles. De un día para otro la vida cambió debilitando los contextos habituales que brinda-

ban al individuo un marco normativo, cognitivo y organizativo para estructurar, de manera confiada, su lugar en el mundo, al tiempo que la amenaza de un virus que podía comprometer la salud y la vida -nuestra y la de otros- dibujaba un presente y un futuro poblados por interrogantes sin respuestas claras y que dificultaba cualquier planificación en una situación cotidiana de aislamiento social que acrecentaba las incertidumbres económicas, laborales, sanitarias, afectivas y emocionales.

Daniel H. narra al respecto:

“Tenía incertidumbre sobre cómo planear el futuro y también incertidumbre laboral. ¿Regresaría a trabajar? ¿Cómo? Sentía que en cualquier momento la situación se podía salir de control. No podía planear nada. No tener certeza me producía frustración. No se sabía de los efectos a largo plazo del COVID. No se sabía si las vacunas funcionarían. Cada día era de sobrevivencia. Había que esperar que llegara la vacuna. Eso me daba la sensación de tener una meta, pero entretanto había que minimizar el daño posible. Sentía paranoia frente a cualquier posible síntoma: fiebre, dolor de garganta. Pero eran todos falsos síntomas.”

Gabriel M., a su vez, cuenta:

“Sentía desprotección, soledad, desamparo, impotencia, desolación. Vivo solo y pensaba: si me enfermo, ¿qué voy a hacer con la comida? Mis padres son mayores y los podría contagiar. Me aterraba morir de una enfermedad que no había contemplado, totalmente desconocida. La enfermedad tenía síntomas confusos. Tampoco había espacio en los hospitales. ¿Cómo no proyectarles eso a mis pacientes? ¿Cómo no contagiarlos emocionalmente? Seguí con algunos pacientes presenciales. Tenía que seguirlos aceptando. No saludaba de mano, lo que me desconectaba del paciente. Exageré las medidas sanitarias. Desarrollé una enfermedad que no tenía: la obsesión compulsiva. Me lavaba las manos a cada rato. Desinfectaba permanentemente mi consultorio y mi casa. Pensé que me estaba volviendo loco. No concibo pensarme enfermo. Tenía dolores

físicos. Mi cuerpo empezó a sentir palpitaciones, sudoración. Era un dolor desconocido, y también un dolor emocional: pensarte enfermo aunque no lo estuvieras. Me dolía pensar que pudiera estar enfermo porque yo usualmente no me enfermo. Estuve totalmente confinado. Salía solo a comprar comida. El sentimiento de indefensión era atroz.”

Fragmentos de diario de pandemia:

15 abril: “Llevamos solo algunas pocas semanas de confinamiento. El mundo conocido está quedando atrás y el nuevo me parece ajeno y extraño. Lo que estamos experimentando no se parece a nada que hayamos enfrentado en el pasado. Sufro de pesadillas, inmersa en un viaje emocional de presagios ominosos. Mi única certeza son las persistentes noticias de enfermos y fallecidos. Me siento impotente sin saber cuándo va a terminar esta pesadilla. Me desconcierta vitalmente no tener ningún control sobre la situación.”

30 abril: “Cinco semanas de confinamiento. Mi reloj se detuvo y dejó de funcionar. El tiempo ha empezado a desdibujarse. Vivo en una intimidad obligada, en un tiempo suspendido. Me siento a la deriva en mi casa blindada, cerrada a piedra y lodo porque todo lo que viene de afuera puede ser COVID. Mi casa es refugio y cárcel. El mundo entero cabe entre sus muros, pero yo no puedo dejar de sentirme a la intemperie. Salgo solo a comprar comida. Oculto mi rostro tras la mascarilla, y siento que una burka me envuelve como si fuera una caparazón.”

6 de mayo: “Releo el “Diario de Ana Frank”, escrito en un espacio tan pequeño y claustrofóbico como el mío. “Quiero contarte lo que cada uno de nosotros desea hacer en primer lugar, al salir de aquí. Lo que más deseo es estar en mi casa, poder circular libremente, moverme y, en fin, ser dirigida en mis estudios, es decir, volver a la escuela. Anhele montar en bici, ver gente, sentirme libre.”

Estela G., de treinta y seis años, publicista en una empresa privada, vivió la pandemia confinada con su hija de seis años, aunque su madre la ayudaba haciéndose cargo de la escuela de la niña mientras ella trabajaba desde casa. Recuerda:

“La incertidumbre fue lo que más me afectó. No saber qué va a pasar para poder reaccionar. Me provocaban incertidumbre las consecuencias de la pandemia, si seguiría con trabajo, si nos iban a seguir pagando, si tendría un sueldo fijo, cuándo regresaríamos a la normalidad, si tendría vacaciones. También me producía incertidumbre saber qué pasaría si me contagiaba, si me daría fuerte o no, etc. Había muchas preguntas y no tener respuestas me producía ansiedad. Además, la pandemia me agarró en pleno proceso de separación de mi pareja. Desde un comienzo, en mi trabajo nos mandaron a casa y él seguía viviendo en la casa. ¿Qué hacer entonces con mi expareja? No lo podía sacar en plena pandemia. No sabíamos nada, faltaba información. Si el COVID te daba fuerte, era posible la muerte. Eso creaba incertidumbre y yo no sabía cómo manejar esta situación. No nos hablábamos y tener que convivir en la misma casa era difícil. Además, mi hija ya no tenía clases presenciales, pero no manejaba bien el tema digital. Yo tenía una carga de trabajo enorme y muchísimas preguntas sin respuestas para mi incertidumbre.”

Ciertamente, incertidumbre y miedo están emocionalmente entrelazadas. El no saber qué ocurre y qué pasaría en un futuro próximo puede convertir la incertidumbre en el presente en miedo al futuro a partir de la emoción de vulnerabilidad. Si bien el miedo se asocia, en general, con lo desconocido y de carácter imprevisible, y si bien nuestra sociedad contemporánea carga sobre los hombros -en el contexto de la crisis de los grandes relatos utópicos y de un presente de “riesgo” (Beck, 2002)- el miedo a las amenazas ambientales, el cambio climático, la precariedad económica, la exclusión, la escasez de recursos básicos que cubran las necesidades de la población mundial, la violencia, el terrorismo, y en muchos casos a un “Otro” que puede ser percibido como un potencial agresor (y cuyos matices pueden desplegarse entre el vecino y el extranjero), la llegada de la pandemia alentó en la subjetividad social la potencialidad disruptiva del miedo. El virus se convirtió en un “Otro” invis-

ble, amenazante y mortal que podía albergarse en cualquier cuerpo disponible que, a su vez, diseminaría el contagio en una escala cada vez mayor, fuese en los espacios laborales, la escuela, el transporte o incluso en la propia familia, independientemente de nuestro control.

Daniel H. relata:

“Era normal sentir miedo. Sentía preocupación por la gente más vulnerable: mis padres, padres de mis amigos, la gente que yo conocía que se enfermaba. Lo peor era el miedo a que mis padres estuvieran expuestos a la enfermedad y que alguien conocido muriera, en especial quienes siguieron trabajando. Tenía miedo cuando detectaba en mí falsos síntomas. Tenía miedo al futuro laboral, al aumento en los niveles de violencia, al desgaste de la gente por el encierro. A muchos de mis amigos les dio COVID cuando todavía no había vacunas, lo cual acrecentó mi miedo. Emocionalmente, mis energías estaban dedicadas a sobrevivir, un día cada día. Mi objetivo era superar cada día. Mi refugio ante el miedo fue refugiarme en el mundo de los juegos de *play station*.”

Gabriel M., a su vez, narra:

“El miedo a lo desconocido (mental y físico) es uno de los más horrorosos y profundos. ¿Por qué crees que la gente acumulaba tanto papel de baño? Porque estaba cagada de miedo. Yo tenía miedo a enfermarme o a pensar que alguien que yo conocía se enfermara y pudiera morir. Tenía que digerir también el miedo de mis padres. Amigos cercanos se contagiaron cuando todavía no había vacunas. Saber que podía dar la infección con síntomas leves me ayudaba a tranquilizarme un poco, aunque vivía con fantasías de que si me enfermaba podía morir. Un amigo se enfermó grave. Lo intubaron. Tuve mucho miedo a perderlo, a que yo también pudiera morir por algo desconocido. Veía deportes, películas, algunas series, para despejarme. Mentalmente no me concentraba con la lectura. Cuando empezó a bajar la pandemia, tampoco bajé la guardia. Entonces también tuve miedo a salir porque me podían asaltar. Se juntó entonces el miedo al contagio y a los asaltos. No quería sentirme en riesgo. Estaba

incrédulo ante las noticias de que las cosas se aligeraban. La pandemia destapó nuestra precariedad emocional. En muchos casos, al vivir juntas, las parejas vieron al otro como realmente era y se gatillaron el machismo y la violencia. En una situación de desprotección a nivel personal, los recursos emocionales no fueron suficientes. Socialmente, no encontramos protección en ningún lado. Incluso la gente más fuerte sabía que nadie la ayudaría. Vivimos la precariedad emocional. La pandemia mostró nuestras carencias emocionales. Yo viví la pandemia como una película de terror -aunque no me quedé sin casa, sin comer o sin internet- donde todo se vuelve un caos, todos gritan asustados, sin saber a quién hablarle porque no había nadie con quien hablar.”

Estela G. recuerda:

“Tenía miedo de contagiar a mi mamá y a mis tías porque las personas adultas que se contagiaban podían morir. Me aterraba la culpa que podría sentir si mi mamá se contagiaba. Yo estaba más expuesta: iba al supermercado, sacaba un poco a mi hija, y, pasado un tiempo, comencé a ver amigos porque estaba harta de estar encerrada. No sabía bien cómo manejar lo del divorcio. Durante todo este proceso me hice muchas pruebas, alrededor de quince, y a mi hija le hice alrededor de diez. Si alguien en la oficina se contagiaba, me hacía una prueba. Cada fin de semana que mi hija la pasaba con su papá, le hacía una prueba. El miedo me hizo mucho daño. Bajé de peso, se me cayó el pelo. Tuve que recurrir a terapia. A las ocho de la mañana empezaba con la escuela de mi hija y a las nueve empezaba yo a trabajar, hasta las nueve de la noche. Fue demasiada sobrecarga de ansiedad y estrés.”

Rosario H. relata:

“Yo tenía mucho miedo al contagio. ¿Qué me sucedía si yo me contagiaba y contagiaba a mis hermanas y a mi hija? Temía mucho por una de mis hermanas que sufre problemas pulmonares. Uno de mis sobrinos vivió con mucho miedo la pandemia porque trabaja en un hospital y veía lo que estaba pasando y estaba preocupado por nosotras. Otra de mis hermanas vive en Texas y me angustiaba

que si se enfermaba no podría yo cuidarla. Ella me contó que allí hubo escasez de huevo y carne, y que lo estaba pasando muy mal. Eso también me angustió mucho. Le tenía mucho miedo a que alguien querido se enfermara, sufriera o muriera sin tener la capacidad de ayudarlo.”

Camila R. cuenta:

“Con el confinamiento todos volvimos a vivir juntos en la casa de Tlalpujahua porque estábamos dispersos. Mis papás estaban muy asustados de que no nos fuéramos a contagiar. Mi miedo era que ellos se contagiaran. Como familia también tuvimos miedo por la caída de ingresos que vivimos. En lo personal, yo tenía que presentar mi examen para entrar a la prepa y tenía mucho miedo al contagio porque el examen era presencial. No me sentía preparada para presentarlo en junio de 2020. Lo presenté en Michoacán. Lo hice muy rápido para no contagiarme.”

Fragmentos de un diario de pandemia:

“30 de mayo 2020: Le tengo miedo al cuerpo del “Otro”. Tengo miedo a no saber si seré la próxima en formar parte de las cifras de los contagiados. ¿O de los muertos? Me he convertido en un ser virtual que se relaciona solo con otros seres virtuales. Mi cuerpo se ha perdido y el cuerpo de los otros me resulta amenazante. Estoy exiliada del mundo. La ciudad está muda. Herida. Los cuerpos han sido borrados. Las puertas se han cerrado. Ya no puedo descifrar el mundo. Me he quedado sin mapas. Solo veo un gran vacío: el presente.”

En el entorno rural en el que vive Alfonso R. la vivencia fue diferente. A pesar del evidente peligro, en Timilpan se minimizó la gravedad y letalidad del virus.

“La gente del rancho no creía que les fuera a pasar algo. Timilpan era una zona donde el trabajo principal es el reciclaje industrial de fierros. También es una zona de siembra (milpa, maíz) y de ganado. La actividad económica siguió normal. La gente iba al mercado, que estaba siempre lleno. La gente siguió traba-

jando; no se cerraron negocios, no hubo un impacto económico grave. La gente se seguía saludando de mano, pero ya no de beso. Es una comunidad donde todos se conocen. Lo único que cerraron fueron las escuelas, por órdenes de la Secretaría de Educación Pública. No estuvimos confinados. Hubo gente que no usaba cubrebocas, hasta el día de hoy. Nadie le dio mucha importancia al COVID. Los trabajadores en el campo y en la construcción ni siquiera usaban cubrebocas. El virus era visto como algo exótico. Luego, cuando llegaron las vacunas, muchos creyeron que les estaban poniendo un chip y no se dejaron vacunar, creyendo que el gobierno estaba esterilizando gente para control natal.”

Incertidumbre y miedo, ligados con sentimientos de vulnerabilidad, desprotección, fragilidad e impotencia configuraron profundos y persistentes trastornos de ansiedad, que se tradujeron en ataques de pánico, taquicardia, estrés, opresión en el pecho, falta de aire, tristeza, soledad, confusión, impotencia, enojo e incluso crisis de angustia o episodios de depresión difíciles de controlar que podían durar un largo tiempo, y que tuvieron serias consecuencias emocionales y familiares.

Miguel L., cincuenta y seis años, casado, promotor de negocios deportivos, relata al respecto:

“No me dio COVID. Sin embargo, emocional y mentalmente la pandemia fue muy complicada. Experimenté períodos de muchísima ansiedad. A partir del encierro ya no podía dormir, tuve trastornos de sueño, enfrentamiento con vecinos. Mi intolerancia (por ejemplo, a los ruidos nocturnos) se magnificó por el encierro. Por distintos motivos, mi esposa y yo nos cambiamos varias veces de casa. Tenía planeado ir a Los Cabos. Era un viaje largamente planeado. Mi esposa estaba determinada a viajar. Decía que el viaje serviría. No quise ir. Las noticias eran alarmantes. Eso exacerbó mi ansiedad. Viajamos con doble mascarilla y careta. El viaje en avión me volvió a detonar ansiedad. Pensé que me iba a morir. Sentía taquicardia y opresión en el pecho. Mar y desierto me animaron un poco, pero seguí sintiendo ansiedad. Ver el mar usualmente me

calma, pero llegar a las playas llenas en Los Cabos detonó otra vez la ansiedad. En una ocasión, estando en la playa, frente al mar, me habló un amigo moribundo por contagio de COVID y me dijo que quizá esa fuera la última vez que hablábamos. Me sentí muy mal. Tenía mucho miedo a morir. Tengo antecedentes pulmonares. La tranquilidad se fue. Me iba a caminar durante horas. Me pegaba a un árbol veinte o treinta minutos para que me bajara la ansiedad. Seguí autoflagelándome viendo noticias. Cuando regresamos a Ciudad de México nos mudamos a un lugar ruidoso, caluroso, cerrado y oscuro. Me iba a la azotea para escapar. Comencé a correr y eso me ayudó. Correr me daba equilibrio mental. Pero si no era en el bosque de Tlalpan no podía ser otro lugar. Era yo un preso de mis propios absurdos. Pero para llegar al bosque de Tlalpan tenía que gastar en taxi o en Uber. Sentí que la ansiedad era ya un problema para mí. Cuando llegó la primera vacuna me sentí más seguro y los episodios de ansiedad desaparecieron. En ese inter yo tuve sesiones con un psicólogo, pero sus verdades me provocaron más ansiedad. Retomé amistad con un pastor evangélico y me hizo sentir mejor: ejercicios de agradecimiento por poder respirar, tener un techo, etc. Pero seguía la ansiedad. Me llevó a comprar cien cubrebocas y luego otros cincuenta. Tuve un episodio terrible después de correr seis kilómetros. Me abracé a un árbol mucho y di las gracias. Finalmente nos vinimos a Mérida, un lugar con mucho sol, mucha luz. Los atardeceres son impresionantes. Pero regresó la ansiedad por los ruidos nocturnos. También el insomnio. Volví a contactar a mi amigo y retomé las oraciones.

La ansiedad bajó un poco hasta que a mi esposa le dio COVID. Cada quien se aisló entonces en su espacio. Estaba vacunada, el contagio no fue tan fuerte, pero perdió olfato y sabor. Me dediqué a encargarme de la casa. Seguía la ansiedad. El 22 de diciembre de 2021 ella salió del COVID y me propuso ir a Cancún, donde tiene familia, a pasar Navidad. Me dio otro ataque incontenible de ansiedad. Se me tapó la nariz. Hacía frío en Mérida y yo no podía respirar. La tercera ola de COVID entró por Cancún. Manejé tres horas. No podía respirar. Tuve un respiro cuando llegamos, pero al ver tanta gente sin cubrebocas me asusté. Pre-

fería no subirme al elevador del hotel. El COVID estaba siempre presente en mi mente. Veía noticias que alimentaban la ansiedad. Era como una droga. Sentí que estaba en un lugar donde todos tenían COVID o estaban a punto de tenerlo. En casa del hermano de mi esposa me dieron un remedio para destapar la nariz. Pero nuevamente, de la nada, se me renovó la ansiedad. El paisaje era hermoso pero poca gente estaba con cubrebocas. Me preguntaba por qué le tenía tanto miedo, tanto pánico, al COVID. Era el pánico a la muerte. No podía disfrutar nada. Me dormí en la cena de Navidad por efectos del medicamento. Me preguntaba ¿cuánto daño me estoy haciendo? Por primera vez razoné ese pánico. Sentía que me estaba autosaboteando, incluso en esas hermosas playas. Conforme nos acercábamos a Mérida, de regreso, todavía medio dopado y tomando mucha agua, sentí que la nariz se me iba destapando. Creo que se me destapó toda la presión del viaje. Había tenido miedo a morirme. Mi esposa había tenido COVID. En otro viaje a Uxmal me volvió a dar ansiedad. Son secuelas: cambios de casa, presiones, no tenía un trabajo fijo. Quizá la ansiedad ya estaba presente antes de la pandemia pero se me detonó al máximo. Viví el COVID muy mal sin que me haya enfermado. El impacto es directo cuando te da, y también indirecto cuando no te da. El ejercicio me permitió sobrevivir. Soy una víctima directa por trastornos de ansiedad. Ahora siento incertidumbre laboral y profesional. Durante el inicio del COVID también tenía incertidumbre ante la muerte, aunque tenía trabajo y dinero. A mi hermano también le dio COVID. Cuando yo me vine a Mérida, él estaba enfermo y sin vacunar. Pasó tres días muy mal. Le dio también a su esposa e hijo. La construcción del miedo es transversal. Todos nos construimos escenas de terror. No teníamos respuestas. La ansiedad paraliza. El miedo fue colectivo. Como afirmaba Bruno Latour: “Reconozcamos que estamos todos aterrados y no tenemos respuestas”.

Cecilia P, cuarenta y seis años, antropóloga evaluadora de programas de políticas públicas, y esposa de Miguel L., refrenda la ansiedad de Miguel y sus efectos en su matrimonio y en su propia subjetividad.

“Miguel estaba con mucha ansiedad. Yo tenía tristeza y lo expresaba como enojo. Tuvimos muchos problemas con tanto cambio de casa. Habíamos dejado

nuestras cosas en una bodega. Ningún lugar le acomodaba. Le propuse que él viviera en otro lugar, pero me dijo que no se iría sin mí. Ya no estábamos funcionando como pareja. Teníamos planeado un viaje a Los Cabos. Para mí era un viaje muy especial, pero Miguel se mostraba reticente: el COVID, el avión. Me di cuenta del grado de miedo de Miguel. Yo nunca tuve miedo de enfermarme, aunque estaba al tanto de las noticias. No veía un escenario catastrófico. Para mí viajar era un riesgo más en la vida. En Los Cabos Miguel se enteró que un amigo muy cercano se había contagiado. Tenía mucho miedo. Yo me sentía enojada y triste de que Miguel no disfrutara un viaje planeado con tanta ilusión. Regresamos y nos confinamos. Yo puedo vivir en cualquier lugar. Para mí el confinamiento no fue problema. No soy muy sociable. Yo gestiono mis horarios de trabajo. Pero Miguel es muy sociable y lo afectó el confinamiento, y más por estar viviendo en ese tiempo en un departamento sin luz, sin vista a la calle y muy ruidoso. Habíamos vivido en muy corto tiempo en varios espacios que no eran nuestros. Era un conflicto dónde vivir. Miguel veía todo negativo y yo no podía con eso. Me sentí impotente porque no lo podía ayudar. Para mí la única solución era irnos de la ciudad a Mérida. Yo ya había vivido en Mérida y tenía oportunidades de trabajo. Decidimos venirnos en junio de 2020. La relación se deterioró. Todo era motivo de conflicto. Miguel usaba Uber y era otro gasto. Fue difícil perder ingresos. Para mí era muy estresante. En Mérida encontramos un lugar agradable. Yo tengo tres trabajos. Uno de ellos implica hacer trabajo de campo. Miguel estaba muy asustado por eso. Me tocó varias veces ir a trabajar en autobús, y a veces en autobuses que puelleaban. Después de una salida, empecé con escurrimiento nasal, tos. Creí que era un resfrío. Miguel estaba muy preocupado. Perdí olfato y gusto. Yo estaba en negación. Si yo estaba contagiada, él también. Nos vacunamos con Cansino, pero leímos que era insuficiente. Miguel pensaba en irse a Estados Unidos a vacunarse, pero no tenía visa. Mi PCR resultó positivo y el de él negativo. Me aislé. Me sentí muy mal durante dos días, muy agotada. Encontré mucha empatía en el trabajo y descansé mucho, pero me preocupaba Miguel. No sabía cómo estaba. Teníamos planeado ir a Cancún para Navidad porque mi familia vive allí y no los había visto. Miguel tenía mucho miedo de viajar porque a su juicio había demasiada gente, demasiados turistas. No quería viajar. Para él era meterse en

la boca del lobo. Fue un viaje difícil. En el camino se le tapó la nariz. No podía respirar. Yo empecé a estresarme. Estaba enojada y triste. Él no podía disfrutar y yo me sentía culpable. Estábamos en un lugar lindo, pero no podíamos disfrutar. Miguel no podía respirar. Fuimos a casa de mi hermano, en una zona peligrosa de Cancún, y su ansiedad se gatilló. No podía respirar. Mi cuñada le quería dar una medicina, pero él no estaba convencido. Yo estaba muy molesta. Yo quería disfrutar y Miguel seguía sin respirar. La medicina lo ayudó y eso me dio un poco de paz interior, pero al oír las historias de violencia en Cancún, Miguel explotó. Además, la gente en Cancún andaba sin cubrebocas. En la cena de Navidad, que fue adentro de la casa, nuevamente se le disparó la ansiedad. No quería abrazar a nadie. El elevador del hotel le daba miedo. Que yo me contagiara fue muy fuerte para él. El viaje de regreso a Mérida fue muy estresante, pero al llegar ya respiraba bien. A mí me volvió a dar coraje. Me daba impotencia no poder ayudarlo. El tema del virus era real. Miguel veía muchas noticias. Estaba obsesionado con noticias de contagios y muertes. Yo no sufrí tanto el COVID, aunque me enfermé, pero vi cómo podía afectar a una pareja. Si me enfermo no me acongoja y siento que, a pesar de haberme enfermado, soy una privilegiada (en mi trabajo veo gente muy pobre) y no tengo derecho a quejarme de la vida. Nadie de mi familia se enfermó.”

Gabriel M. relata.

“Lo más duro fue la ansiedad. Le deposité a mi perro la ansiedad y él se volvió muy ansioso. No tenía yo una sesión de terapia para “vomitar” esta crisis, ni apoyo de padres o amigos. La pandemia me creó otra realidad: trabajar terapéuticamente en línea. Me apoyé en mis pacientes. Si no, habría enloquecido. Hubo pacientes que perdieron su trabajo y dejaron de asistir a terapia. Viví entonces una ansiedad económica. La pandemia representó diferentes tipos de ansiedad. La ansiedad propia, la ansiedad social, la ansiedad de perder gente cercana por una enfermedad no tratable. Sentía mucho enojo por no poder hacer nada, ni física ni médicamente. No te puedes acercar porque el “Otro” está contagiado, y pensar que alguien se contagió y no te puedes acercar es espantoso, y potenciaba mi propia ansiedad.”

En el caso de Claudio V. la ansiedad llegó a límites peligrosos. Él narra lo siguiente:

“Los primeros tres meses de confinamiento fueron relativamente fáciles. Todavía mi esposa y yo teníamos energía. Mis hijos, entonces de casi cinco y nueve años, se adaptaron rápido al cambio. Improvisamos un poco entre el trabajo y los niños. Yo seguí a distancia mis clases en secundaria y en prepa, en una escuela particular, y podía supervisarlos a distancia, y el trabajo de mi esposa le permitía estar más con los niños. A partir de agosto 2020 todo se empezó a complicar. La convivencia era ya muy forzada. Todos perdimos nuestros espacios personales. Se confundió lo personal y lo laboral y estar juntos 24/7 empezó a impactar para mal a la relación. Sentí que yo tenía que ser ejemplo y modelo para mis hijos y mis alumnos. Tenía que mantener yo la seguridad para darles a ellos seguridad y fue muy difícil mantener esa seguridad. Yo tenía que ser el fuerte y me sentía muy angustiado y ansioso. A todo esto se agregó la incertidumbre económica. No sabía yo si la escuela continuaría abierta, si se reducirían grupos o si habría recorte salarial. Hubo ajustes en la escuela, se redujo tiempo de clases, y pude estar más presente en las clases de los niños. Pero los conflictos con mi pareja se agudizaron por la convivencia forzada. No encontramos manera de resolverlo positivamente. Tuve un cuadro de depresión. No fue alarmante, pero incrementé mi consumo de alcohol. Llegué a tener pensamientos autodestructivos. Me quebré. La ayuda me llegó de mis amigos de la universidad y también de mis compañeros de trabajo que se percataron de que estaba mal. Pude hablar mucho con ellos. El director de la escuela también implementó reuniones semanales y eso permitió compartir experiencias. Me ayudó.”

La ansiedad también tuvo efectos devastadores sobre Nathaly L, treinta y ocho años, antropóloga:

“El confinamiento fue una experiencia muy disruptiva y difícil, aunque en comparación con quienes perdieron a alguien no fue tanto. El confinamiento fue muy duro y absoluto. Tenía dos niñas pequeñas, de año y medio y cinco años. La casa se convirtió en el espacio de todo. El encierro afectó la vida en

pareja y produjo un desgaste en la relación. ¿Cómo organizarnos? Una niña era muy pequeña y la otra no se podía conectar bien. Había mucha tensión. Ante ese desgaste, acudimos a la niñera que había trabajado con nosotros antes. Soy muy prehensiva y trabajaba con datos sociodemográficos sobre el COVID y eso me afectaba mucho. Además, soy extranjera (colombiana) y no tenía redes de apoyo. Nos encerramos totalmente. El punto era cómo gestionar el riesgo.

La niñera comenzó a venir tres días. Ayudaba mucho. Estuvo junio, julio y parte de agosto, hasta que empezó a sospechar que tenía COVID; se aisló, pero a mí me dio COVID en agosto. Me sentí fatal: un cansancio atroz, como si me hubieran dado una paliza en la espalda. Todo era nuevo y las noticias hablaban de miles de muertes. Me entró una ansiedad terrible. Si me pasaba algo, o a mi esposo, ¿quién cuidaría a mis hijas? Me sentí por primera vez huérfana. Tenía mucho temor sobre cómo iba a evolucionar la pandemia. Me checaba tres veces al día con el oxímetro. A mi esposo le dio COVID seis días después que a mí. Mi hija pequeña empezó con fiebre y diarrea, y también le dio COVID. Pero yo era la que tenía más cansancio y mareos. Cada vez que me tomaba el oxímetro era horrible. Todo lo que yo leía y de lo que me informaba era angustiante. Yo sentía mucha ansiedad y angustia por no saber cuál podría ser el desenlace. Había perdido a un hermano y me angustiaba el tema de las pérdidas y la muerte. Tuve secuelas. No me recuperaba bien y sentía mareos. No podía respirar. Con el estrés, mayor era la ansiedad y la angustia. Cuando Colombia abrió sus fronteras me fui con mi familia esperando estar en casa. Necesitaba protección. Yo salí de Colombia a los veintidós años y nunca sentí añoranza. La extranjería se me desató por primera vez en México con el COVID. No pensé que pudiera sentir eso en un país que sentía mío. Tenía añoranza de Colombia, aunque sabía que era mentira. Quería estar en mi país.

Cuando fui a Colombia solo vi a mis padres. A nadie más. Tenía la necesidad de sentir algo familiar, que fuera mi hogar. Si me enfermaba, sabía que tendría familia. Si me contagiaba sería más fácil. Tuve que tomar terapia para subir al

avión. Tenía mucho miedo al contagio. Pero adonde me fuera el malestar continuaba. Me aislé. Mi mamá tuvo que buscarme un departamento por seis días. Tenía miedo de contagiarla a ella. Fui en busca de paz y no lo logré. No podía estar con mi papá porque él veía gente y era muy riesgoso. Estuve seis meses en Colombia, pero no podía vivir con ese riesgo permanente. Estaba en un pueblo y la gente no usaba cubrebocas. Yo me asfixiaba y tenía mucha angustia. No pude disfrutar el lugar donde estaba y, además, tenía mucho trabajo. Regresamos cuando empezó la vacunación. Eso me ayudó. La ansiedad nos afectó a todos: marido e hijas. Tuve que regresar a terapia. Me ayudó cuando las niñas entraron a la escuela; sería la escuela la que manejaría el riesgo. Era mucha la angustia de ser la responsable de todo.

Pude retomar un poco de normalidad, pero cargaba siempre el problema de cómo reaccionar. Les pasé mis temores a mis hijas. Tuve que viajar a Colombia por unos días y mi hija mayor sintió terror de que a mí me pasara algo. Me sentí responsable por transmitirle ese temor. No podíamos manejarlo porque nos sobrepasaba. Costó mucho retomar la vida normal. Sentía miedo y ansiedad a que pasara algo y mis hijas quedaran desprotegidas. Mi temor era que las niñas no estaban vacunadas. Miedo a que les pasara algo a ellas. Fue horrible vivir así.

La vacuna fue un “cubrebocas mental” para mí. También me di cuenta que hay gente que está peor que yo. No quiero contagiarme otra vez. El riesgo sigue en China y Europa. En Año Nuevo decidí cancelar mis redes sociales para que al menos ese bombardeo no continúe. Fue un estado emocional muy complejo. No era solo la enfermedad ni estar encerrada. Me sentí huérfana, sola, desprotegida. Tenía temor a los otros. Estábamos los cuatro solos. Llegué a rechazar a todos por temor al contagio. El miedo y la ansiedad se tradujeron en un “¡fuera todos!”. Nos quedamos en una burbuja.”

La frustración fue también una emoción que se gatilló durante la pandemia. Ciertamente, la frustración no es ajena a la vida social en nuestras

sociedades contemporáneas -modeladas en gran medida por la cultura de la inmediatez y la gratificación inmediata- cuando se dificulta el alcance de ciertos deseos o anhelos. Pero la llegada del COVID trastornó el equilibrio emocional abriendo paso no solo a la frustración, sino también, ligada con ella, a emociones de enojo, ira e irritabilidad.

Rosario H. comenta:

“Me frustraba no poder ver a mis hermanas. Una de ellas vive en Tijuana. Otra en Texas. Ni siquiera podía ver a una tercera que vive en la colonia Lindavista y que por sus problemas pulmonares tenía que estar en un confinamiento muy severo.”

Daniel H. relata:

“Me causaba mucha frustración la información contradictoria. No se sabía cuál era la versión más cercana a la realidad. Me enojaba no poder planear nada. Me frustraba no tener tiempo para respirar ni para sentir alivio. El COVID fue como vivir una guerra: miedo, muertos, gente en el hospital muriendo. El mundo se está reconfigurando hacia lo digital. Cada vez más gente está expuesta a los algoritmos, y cada quien está en su burbuja digital.”

Claudio V. señala:

“Sentía una mezcla de ansiedad, enojo, frustración, impotencia, desesperación. Lo peor es que no tenía válvulas de escape. Además del miedo y la ansiedad, sentía rabia porque nos habían aventado a todos a ese contexto.”

Camila R. recuerda:

“Me frustró mucho la educación en línea porque yo tenía que prepararme para presentar el examen para entrar a la prepa. Los profesores estaban asustados y no daban muchas clases. Luego, si dos o más alumnos no se podían

conectar, suspendían las clases. Sentía frustración porque pensaba que no llegaría al examen bien preparada. No me acostumbraba a las clases en línea. También sentía enojo porque me sentía impotente de no acostumbrarme a las clases en línea.

Tenía enojo con los profesores cuando no daban las clases. A ellos no les importaba que hubiera muchas cámaras apagadas. Me enojaba cuando enviaban información por línea o YouTube, y la tarea era copiarla y enviarla de vuelta. No se podía reprobar a nadie. Algunos alumnos enviaban los documentos en blanco. Se preocupaban más por entregar que por entender. No aprendí nada en línea. A veces ni clases tenía, y tuve que buscar otras alternativas: videos, comentar con mis hermanos, tomar cursos gratis en línea. Sentía enojo porque no aprendía nada. Llegué a no poner atención. Sentía que a los profesores no les interesaba. Me enojaba conmigo misma porque llegué a un punto en que ni siquiera me esforzaba. Me sentía muy desubicada. Sentía tanta frustración y enojo que busqué salir de Michoacán y venir a la Ciudad de México para hacer la prepa.”

Fragmento de un diario de pandemia:

10 de junio 2020: “Me frustra estar viviendo este presente cuando lo que quisiera es vivir el futuro de un mundo sin COVID. Mi vida está en pausa, congelada. La impotencia duele. Como alcohólicos anónimos: “solo por hoy” resisto para sobrevivir.”

Los sentimientos de pérdida fueron una constante en las entrevistas. No se trataba necesariamente de la pérdida de un ser querido, pero de muchas otras pérdidas significativas que, en conjunto, se tradujeron en la confluencia de distintos duelos paralelos ligados con la falta de confianza en que el mundo fuera un lugar seguro.

Daniel H. recapitula en este sentido:

“Sentí que perdía dos años de mi vida. Perdí las ganas de salir. Ahora ni siquiera quiero ir a los estrenos en el cine, que siempre me gustaron mucho. Perdí las ganas de estar en lugares con mucha gente, como estadios o conciertos. Perdí confianza en la humanidad y en la naturaleza humana. Creo que son autodestructivas

En la pandemia todos quedamos librados a nuestra suerte. Hubo mucha falta de solidaridad social: gente que no usaba cubrebocas o que se oponía a las vacunas. Hoy cada quien ve por sí mismo. Hay un egoísmo colectivo. Y el gobierno tenía más interés en cuestiones políticas que en ayudar a la gente.”

Camila R. relata:

“Perdí amistades. No tuve vida social, ni siquiera con amigos cercanos. Ahora en la Ciudad de México tampoco tengo amigos, pero reconozco que la pandemia me sirvió para comunicarme mejor con mi familia. También pude estar conmigo y conocerme más para aprender a estar sola.”

Rosario H. afirma:

“Perdí libertad para moverme. Perdí la posibilidad de ir a mis ritos religiosos y tomar la comunión. Me dolía pensar que, en caso de enfermar y morir, no me darían los santos óleos. Tenía miedo de morir sin una última confesión, sin una última bendición. Me dolía pensar en la gente que se enfermaba, que era llevada al hospital y que moría sola sin una despedida familiar. Lo viví como un castigo.”

Gabriel M. narra:

“El confinamiento no fue tan duro porque yo trabajo en casa. Pero perdí el ver a mis padres y amigos. También perdí ir al cine. Eso fue difícil. El encierro fue emocional. No poder comunicarme emocionalmente con mi familia

o amigos fue muy duro. Fue como cancelar una parte importante de mi vida. Anulé, cancelé mi parte emocional. No pude pensar(me) ni contactar(me) conmigo mismo.”

Claudio V. relata.

“Perdí mis círculos sociales y no tener contacto con mis amigos personales. Mis dos niños tampoco convivían con sus amigos. Perdí mis rutinas, mi espacio. Perdí la celebración de mi cumpleaños número treinta y eso tuvo una carga simbólica. Perdí el cierre de ciclo de mis alumnos de secundaria al pasar a prepa. Perdí la confianza en mi capacidad como educador. Creo que viví una pérdida general de sentido. No estoy seguro de haber hecho el duelo de todo ello por completo. Más bien, me he resignado.

Hubo muchas cosas que se truncaron, y al regresar a la vida cotidiana no hubo oportunidad de procesarlo. Regresamos a lo mismo sin haber procesado esos duelos. Es raro que no se hable mucho sobre las pérdidas; quizá porque la gente no quiere hablar de eso. Quizá es más fácil enfocarse en los grandes miedos o frustraciones, que enfrentarse a las pérdidas porque eso presupone aceptarlo y lo hace definitivo, y no quisiéramos aceptar que fuera definitivo.”

Fragmentos de un diario de pandemia

25 de junio: J.P. “Solía decir que la vida es una larga cadena de pérdidas. Durante la pandemia perdí mi reloj (que dejó de funcionar, como si se resistiera a marcar el transcurso de las horas), y con ello perdí el sentido del tiempo. Perdí los abrazos de L. Perdí mis ahorros. Perdí las idas al gimnasio. También la serenidad. Perdí mis paseos junto al mar. Perdí paulatinamente, como la protagonista de la novela “La policía de la memoria” (Yoko Ogawa), no solo los árboles, los pájaros o los calendarios, sino también la memoria de un tiempo distinto. Perdí mi libertad. Perdí el derecho a decidir por mí misma.”

La pandemia se superpuso a una serie de crisis previamente existentes en un contexto internacional incierto, frágil, inseguro, fluido, volátil y precario; la crisis ecológica y ambiental, que no solo está amenazando seriamente a toda la humanidad, sino que también está generando riesgos sociales y políticos al desplazar a poblaciones enteras de sus lugares de origen, generando procesos migratorios que aún no han tenido respuestas eficaces; un sistema de seguridad global vulnerable y frágil; guerras cibernéticas y una creciente carrera armamentista que incluye nuevas armas creadas con tecnologías muy sofisticadas y de gran capacidad letal; inseguridad sanitaria a nivel global, una economía muy ajena a una situación ideal que se traduce en desigualdad y precariedad social, lo cual tiene implicaciones sobre la estabilidad social y política en términos de una creciente desintegración social, debilitando los vínculos solidarios entre los ciudadanos; la erosión de las condiciones de vida de la ciudadanía, el creciente debilitamiento de los sistemas democráticos y de sus promesas de inclusión social en el marco de un malestar y descontento con el quehacer de la política; y, ciertamente, una revolución científico-tecnológica que, entre otros factores, incide de manera significativa en la discusión pública y configura mecanismos de vigilancia cada vez más sofisticados.

Si antes de la pandemia, vivíamos un profundo quiebre de época, cuyos alcances y envergadura todavía no alcanzamos a discernir, pero que implican una honda conmoción antropológica en nuestros modos de vivir, estar y relacionarnos con el mundo, sin duda todo ello se intensificó con la pandemia, que desnudó, como señala el escritor Martín Caparrós, nuestra fragilidad, nuestros miedos, nuestra vulnerabilidad (Caparrós, 2021).

Ciertamente, la pandemia fue una emergencia inesperada y global que afectó seriamente la salud pública, no solo la física, sino también la salud mental, haciendo visibles los trastornos que ésta podía sufrir cuando se trastocaba la vida personal, familiar, laboral, afectiva, emocional de una población que tuvo que enfrentarse ante una situación inédita con emociones como la incertidumbre, el desconcierto, el miedo, la impotencia, la desprotección, la frustración y la ansiedad; al tiempo que vivía situaciones límites como el confinamiento, la pérdida de la libertad de movimiento y, en caso extremo, la enfermedad y/o la muerte.

La pandemia cambió la vida de todos y nos ha dejado, indudablemente, secuelas psicológicas, emocionales, y un profundo agotamiento. El riesgo del COVID no se ha eliminado totalmente y el riesgo persiste. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿qué hemos aprendido de esta experiencia? ¿Hemos procesado el trauma colectivo de dolor y pérdida que fueron parte de nuestra vida durante la pandemia? ¿Lo hemos reconocido y ritualizado o hemos permitido que el olvido – uno de los epicentros de nuestra contemporaneidad- caiga sobre él? ¿Cuál es el mundo al que hemos regresado después del provisorio fin de la pandemia? ¿Cuál es nuestra “nueva” normalidad? ¿Es acaso la que describe el escritor Antonio Muñoz Molina el 20 de junio de 2020 cuando terminó el confinamiento en España? En sus palabras:

“El mundo de después, sobre el que tanto se especulaba, ha resultado ser muy parecido al de antes, salvo por el incordio de las mascarillas. A media mañana, en el calor seco y candente de Madrid, el tráfico es el mismo de otros veranos, quizás con un grado mayor de encono, porque la temperatura sube cada año, y porque los conductores de coches y de motos parecen ansiosos por compensar el tiempo perdido, la gasolina no gastada, los cláxones no apretados con gustosa violencia durante meses de silencio. Este mundo de después, igual que el de antes, está habitado por adictos al ruido, al motor de explosión y a la quema de combustibles fósiles. El aire de esta calle en la que hace nada se oían los gorriones huele casi palpablemente a gasolina. En un atasco un conductor ofendido por algo se baja de su furgoneta, llega a zancadas al coche que tenía delante, intenta abrir la puerta y como no puede da puñetazos en la ventanilla. Por fin logra abrir la puerta: sujeta con las dos manos la camisa del conductor, que se defiende a puñetazos poco efectivos, porque el agresor es mucho más corpulento. Se dicen a gritos cosas terribles. Las dos caras enrojecidas de furia y de sudor y tapadas a medias por las mascarillas están muy cerca la una de la otra. En ese momento el tráfico empieza a moverse: ahora el conductor agresivo tiene que volver a toda prisa a su vehículo para eludir la furia de los que pitan contra él. Uno y otro sacan la cabeza por la ventanilla y continúan gritando y agitando los puños mientras conducen” (Muñoz Molina, 2022:11-12).

BIBLIOGRAFÍA

- Abramowski, Ana y Canevaro, Santiago (comps), (2017), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Arfuch, Leonor, (2016), “El ‘giro afectivo’. Emociones, subjetividad y política”, *deSignis, Argentina*, Vol 24, enero-junio.
- Ariza, Marina, (comp.) (2016), *Emociones, afectos y Sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- (2017), “Migraciones y emociones; cómo entender el orgullo desde una mirada sociológica”, en Abramowski, Ana y Canevaro, Santiago (comps), (2017), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Ballard, James Graham (1960), *El mundo sumergido*, Buenos Aires, Minotauro. (1976), *La sequía*, Buenos Aires, Minotauro.
- Bauman, Zygmunt (2002), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Beck Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo global*, España, Siglo XXI.
- Caparrós, Martín (2021), “El año del desastre”, *El País*, 2 enero 2021.
- Castañeda, María Julia (2022), “La Oms calcula en más del doble de los registros oficiales el número de muertes por la pandemia en México”, *El País*, 5 mayo.
- CONEVAL (2021), *Estimaciones de pobreza multidimensional 2018 y 2020*, Ciudad de México, 5 agosto.
- Cullell, Jon Martín (2021), “La pandemia hunde la economía mexicana un 8,5% en 2020, la mayor caída desde la Gran Depresión”, *El País*, 29 enero.
- Dick, Phillip K. (1987), *Complete Stories of Phillip K. Dick*, New York, Kensington Publishing Corps, vol. 4.
- Harari Yuval Noah (2018), *21 lecciones para el siglo XXI*, Editor digital: Titivillus.
- Lechner, Norbert (2002), *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, LOM editores.

- Maalouf, Amin (2019) *El naufragio de las civilizaciones*, Madrid, Alianza editorial.
- Muñoz Molina, Antonio (2022), *Volver a dónde*, Barcelona, editorial Planeta.
- Nettel, Guadalupe y Volpi, Jorge (2020), *Diario de la pandemia. Marzo 28-Junio30*, México, Fomento Editorial UNAM.
- Salinas Maldonado, Carlos (2021), “*La pandemia deja a cinco millones de estudiantes fuera de la escuela en México*”, *El País*, 23 marzo.
- Sánchez Diez, Ángeles y García de la Cruz, Manuel (2021), “*El coronavirus en América Latina: las cifras que muestran el brutal impacto de la pandemia en las economías de la región*”, *BBC News*, 1 marzo.
- Velázquez, Carlos y Pérez Gay, Alonso (2021), *Lo que el 20 se llevó*, México, ediciones Cal y Arena.
- World Bank Group, (2022), *Global Economic Prospects*, Washington, The World Bank.

Tomo 6

La década COVID en México

Los imaginarios de la pandemia



Desde la aparición de la pandemia generada por el COVID-19 han aparecido con suficiente claridad nuevos sujetos, prácticas discursivas y de comportamiento que apuntan a patrones y modelos abstractos existentes en el mundo social, los imaginarios, que nos orientan por nuevos caminos para comprender la actividad colectiva mediante la observación y análisis de las manifestaciones que revelan parte del comportamiento gregario generado en su desenvolvimiento consciente o inconsciente.

El conjunto de textos aquí reunidos muestra los cambios experimentados en diversos ámbitos y por distintos sujetos de la vida social, registran algunos de los modelos y transformaciones que se introducen en los imaginarios y que se relacionan con las formas en las que nos movemos en el tiempo y en el espacio, nuestras ideas del presente y del futuro, los lenguajes, las afectividades, los conocimientos.



SECRETARÍA GENERAL

Universidad Nacional Autónoma de México



DGCS
Dirección General de Comunicación Social



**COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES**